

VI. Reseña

“Por el placer de saber”

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN CROCE*

En enero de 2006 apareció *For Lust of Knowing* (Penguin UK), quizás el mejor libro de Robert Irwin, quien además de ser autor de hermosas novelas y de la más pulida edición contemporánea de las *Mil noches y una*,¹ también ha dedicado toda su vida a los estudios orientales y africanos, y lo ha hecho en St. Andrew's, en el SOAS de la Universidad de Londres, y en el suplemento literario del periódico *The Times* —para cuya mención uso aquí la letra Times New Roman, porque fue precisamente en ese diario histórico donde surgió el tipo omnipresente con el que hoy se escriben casi todos los documentos del mundo, desde los informes del Departamento de Estado hasta los comunicados de Al Qaeda traducidos al inglés. Y acaso convenga recordar el subtítulo del libro, pues nos lanza sin rubores, de golpe, a su verdadera pretensión y a su mayor mérito académico y estilístico: *The Orientalists and their Enemies*. Los Orientalistas y sus enemigos.

Y sí: en cuatrocientas páginas, Irwin se propone refutar de manera exhaustiva al influyentísimo libro de Edward Said, *Orientalismo*, y lo logra casi desde el principio, combinando, en el mejor estilo de su pasado de *scholar oxoniense*, una erudición arrolladora con un delicioso sentido del humor que va arponeando, de página en página, cada uno de los desafueros de Said que tantos fieles conquistaron (y todavía) en el mundo entero. Pero *For Lust of Knowing* no es una proclama ni una arenga ni un ataque, sino un ejercicio demoledor de lucidez y de conocimiento, en el que se van despellejando los argumentos de *Orientalismo* hasta quedar en su más bruta condición: la de

* Profesor-investigador de las Facultades de Ciencia Política y Gobierno y de Relaciones Internacionales, Universidad del Rosario, institución para la que reseña y traduce los libros en lenguas clásicas de su Archivo Histórico. Correo electrónico: naufragius@yahoo.com

¹ Esta traducción del título, en vez de *Las mil y una noches*, era la preferida de Borges. Por eso también es la mía.

una proclama y una arenga y un ataque. La de un discurso engañoso (y por momentos también brillante; todo hay que decirlo), que juega con los complejos morales de sus destinatarios para hacerlos sentirse culpables por su historia, y para obligarlos a creer que una sucesión interminable de prejuicios políticos e ideológicos, tan arbitrarios como los que el señor Said condena, es no solo una reparación histórica sino también un gran aparato científico que viene por fin a poner los puntos sobre las íes. Y no.

O por lo menos eso es lo que dice Irwin: que Said, en su afán desmedido por demostrar su hipótesis y por condenar a Occidente, termina incurriendo en las mismas estrategias que tanto lo indignan —la generalización, la superficialidad, el facilismo sociológico—, sin exhibir ninguno de sus méritos: la erudición, la precisión, la sabiduría. Aunque Irwin no se ensaña con los desfalcos historiográficos y filológicos de *Orientalismo*, que al fin y al cabo ya en su día fueron señalados, con gran suficiencia, hasta la saciedad, por sus primeros críticos. No. Que Edward Said fuera un tejedor de falacias no importa en *For Lust of Knowing*, pues no se trata de una disputa *ad hominem*. Lo que sí importa es el planteamiento de fondo presente en sus ideas tan seductoras, que se inspiran, vuelvo a decirlo, en lo que ellas más condenan y desprecian: una especie de superioridad moral implícita, derivada de una apuesta política y no de su rigor filosófico; derivada del hecho inocultable del imperialismo occidental con sus lacras y sus sombras. Y también importa la influencia descomunal que los libros de Said tuvieron en el mundo, sentando una serie de dogmas —¡ah los soberbios defensores de la tolerancia!— que fueron, y han sido, el sustento de muchas teorías para explicar las relaciones entre las culturas y las lógicas de dominación en el sistema imperial de Occidente.

La tesis de Said es fundamentalmente esta:² la cultura Occidental es una estructura hegemónica (como toda cultura verdadera, habría que añadir) y su proceso de expansión, cumplido a lo largo de lentas pero implacables etapas, no solo se refiere a lo económico y a lo político y

² Edward W. Said, *Orientalism*, Vintage, 1979.

a lo material, sino también a la enunciación de un sistema de valores y de representaciones que determina las fronteras entre lo propio y lo ajeno, lo esencial y lo distinto, lo cercano y lo distante, lo civilizado y lo bárbaro. En tal sistema, dice Said, la noción de *el otro* (en este caso el “oriental”) es una construcción arbitraria que al mismo tiempo le sirve al que la postula para configurar su propia identidad; construcción en la que, como ya se dijo, no solo operan las usurpaciones jurídicas o las invasiones militares, sino también, y sobre todo, un variado concurso de disciplinas del espíritu, como la literatura misma o las ciencias sociales —la historia, la filología, la arqueología—, que hacen del conocimiento (del conocimiento que *ellas* erigen) un instrumento de explotación, un recurso moral infalible para justificar la opresión de pueblos que habrán de ser rescatados de sus errores ancestrales, de su imposibilidad manifiesta para descubrir los beneficios del Progreso. Según Edward Said hay toda una larga tradición intelectual de Occidente —el Orientalismo— que consiste en arropar de colores exóticos y aromas voluptuosos a esa realidad geográfica y cultural que para Europa siempre fue “el Oriente”. Tal tradición sería muy benéfica, sugiere Said, si ella se alimentara exclusivamente de la sensibilidad y de la erudición, de la fantasía, de la posibilidad de conocer ese mundo distante y complejo que tanto interés despertó en los occidentales desde su aparición. Pero el problema es precisamente ese: que la erudición no es inofensiva, y que sus caravanas por el desierto no solo desentierran lenguas y monumentos, sino también unas conclusiones presuntamente científicas que sirven por igual para confirmar los prejuicios del eurocentrismo (la inferioridad de los árabes y de los persas, el sensualismo desmedido de los hombres de Oriente, su incapacidad para gobernarse a sí mismos desde la virtud), y para darle una justificación a su acción hegemónica en esas tierras bárbaras. Pero Said va más allá, y demuestra que a pesar de sus grandes hallazgos, el conocimiento de los Orientalistas es una forma de dominación política y cultural que obedece de manera consciente a un proyecto imperialista, a una agenda dolosa de atropello y de racismo en la que junto con los diccionarios y las gramáticas de las lenguas muertas, vienen la explotación y el horror, la miseria de sociedades incomprensidas que son apenas el material inerte de un relato que no solo no las representa, sino que además las oprime y

las humilla. Y ahí cae todo el mundo, desde Champollion y Renan hasta Flaubert, Nerval, Conrad y Gobineau.

Y ahí también es cuando Irwin dice *un momentico señores*, que la cosa no es así. Me van a perdonar. Y empieza su exhibición; moja la pluma, se acomoda el monóculo. Y ténganse todos. Porque lo que viene luego es un verdadero *tour de force*, y pocas veces la erudición había estado tan cómoda en las manos de la agudeza. Robert Irwin no se gasta en rodeos, y le dice de un tajo a Said: “Permítame aclarar algunas cosas, señor, que no lo entiendo muy bien”. La primera de ellas es que no solo la cultura occidental ha sido hegemónica, y que siempre los imperios, de cualquier lado, han hecho eso: “Orientalismo”, penetración por todos los flancos, aprovechamiento de la ciencia para nombrar y definir al otro y para robarle sus mejores cosas, aun su propia ciencia; algo que el mismo Said³ reconoce, pero añadiendo que el imperialismo occidental ha sido el más dilatado y efectivo, y por tanto pernicioso, de la historia humana. A lo que Irwin responde: sí, pero esa es otra discusión histórica: el imperialismo es el imperialismo —con sus prejuicios raciales de siempre, con sus atropellos; de eso se trata—, independientemente de las circunstancias y del radio de acción en que se dé: el que manda, manda y siempre lo hace imponiéndose a otros, tenga los ojos como los tenga. La segunda, que aquello a lo que Said llama “Orientalismo” no empezó cuando él dice (desde 1815), sino desde muchísimo antes y por las razones más diversas que uno se pueda imaginar, no solo el afán perverso de unos intelectuales soberbios actuando como el brazo ilustrado de la sombra europea que poco a poco se iba regando por el mundo. Hay mucha paranoia al respecto, y Said insiste en que es justo después de las invasiones napoleónicas cuando los sabios europeos, confiados en su superioridad moral sobre Oriente —o lo que quiera que ellos llamaran así— empiezan a colonizar ese ámbito, no solo con sus armas sino además con sus patrones excluyentes, con sus clasificaciones raciales mezquinas, con sus familias lingüísticas que van siempre entretejiendo una cadena de opresión. Irwin habría podido decir que para refutar eso bastaría con leer a Pausanías o a Ibn Batouta, pero en cambio sacude sus ficheros

³ *Op. cit.*

y añade: no, señor Said; no. Desde el siglo XIII más o menos, y luego desde el siglo XV, antes de que se configurara el proyecto cultural del Occidente moderno, ya había sabios europeos que hacían la ruta inversa de los muchos maestros árabes (árabes musulmanes) que poblaban la cristiandad, y ellos se acercaban, a veces por el camino de Bizancio o a veces por el camino de Al Ándalus o de Bagdad o del Cairo, a toda una herencia cultural que representaba eso, el Oriente, una parte fundamental de él. No eran tantos ni tan conocidos, pero los hubo. Y luego ya desde el siglo XVI la cosa fue en ascenso, y no solo porque fuera necesario contribuir con las empresas de dominación de los portugueses o de los holandeses o de los españoles. No, así Said insista en que un intelectual, quiéralo o no, reproduce **siempre** las estructuras culturales de su sociedad, y que en el caso de los Orientalistas esas estructuras eran **siempre** un reflejo del racismo, la injusticia y la perfidia de la mentalidad europea. Pero Irwin no se cansa.

Porque en últimas su hipótesis es esa: que sí, claro, hubo dominación y superficialidad, injusticia, maldad, imperialismo y todo lo que se quiera —como en tantas otras partes y tantos otros tiempos, además—, pero que esos no fueron los únicos móviles, y en muchísimos casos tampoco los más determinantes, del Orientalismo. Al revés: gran parte de esos sabios cuya vida él empieza a narrar con un encanto insuperable, iban a Oriente —o bueno, *allá*: no hiramos sensibilidades póstumas— porque se les daba la gana, porque querían, por amor a la aventura y a lo exótico, pero sobre todo, por **amor intelectual**, por el **placer de saber**. Los traductores de la Biblia políglota de Amberes, por ejemplo, eran Orientalistas: sabían arameo y siríaco, y cuando la casa Plantiniana dejó de pagarles siguieron en la empresa, pues no querían abandonar a la mitad los mejores desciframientos del texto sacro. No solo eran Orientalistas sino orientales, y no estaban vinculados con ningún proyecto de dominación cultural. Tampoco Guillaume Postel (de quien Irwin habla en su libro con una prosa magistral), que en la Francia del siglo XVI escribió un diccionario de doce lenguas, la mayoría de ellas del Oriente Cercano: un Orientalista a carta cabal (y cabalista también, pero no sionista: la otra obsesión en los argumentos de Said), que lo era por puro hedonismo y que

llevó a todo el Occidente la fascinación romántica por las cosas lejanas que estaban más allá del mar. Y así muchos más: Lane, Evans, Champollion, de Sacy y Goldzhier, y Burton. Nombres que para Said encarnan un proyecto deliberado de colonialismo, explotación y distorsión cultural, y que para Robert Irwin reflejan, en muchos casos, una pasión verdadera por un universo variado y rico que hoy sería desconocido, aún más, sin esa excéntrica interpretación.

Excéntrica interpretación he dicho, y creo que ahí está la clave de *For Lust of Knowing*. Porque lo que sostiene Irwin es justamente que los Orientalistas —y ya está claro que no eran siempre occidentales; los hubo de todos los colores y lugares— salían efectivamente desde el centro de su cultura, pero no lo hacían solo para nutrir una empresa de dominio y de sometimiento. En muchas ocasiones no lo hacían en absoluto por eso, sino más bien por un sincero espíritu de exploración, de inmersión en una realidad ciertamente distinta que no por ello dejaba de exhalar poderosos secretos que era preciso conocer hasta en sus rasgos más íntimos. Y si hablar del *Oriente*, así en general, es una arbitrariedad que denuncia Said, hacerlo de *los Orientalistas* como una camarilla malintencionada y erudita, uniforme, no lo es menos, pues una cosa eran Renan y Gobineau con sus delirios, y otra muy distinta Belzoni —de quien Said no da ni una mínima alusión— o los hermanos Grimm o Massignon.

Algo más señala Irwin (luego de demostrar con las fuentes en la mano que muchos de los Orientalistas reconocían de entrada la superioridad moral y cultural de las civilizaciones a las que se aproximaban), y es que Said apenas si menciona a los filólogos germánicos de los siglos XVIII y XIX, quienes se habrían acomodado mejor, y eso, a su satanización del Occidente colonialista y hegemónico. Quizá fuera porque ya de eso se estaba encargando Martin Bernal,⁴ pero con una minucia que aún hoy no ha sido superada, aunque sí muy bien debatida por Mary Lefkowitz y su revisión de la Atenea Negra.⁵ Pero

⁴ Martin Bernal, *Black Athena: the Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Rutgers University Press, 1991.

⁵ Mary Lefkowitz, *Black Athena Revisited*, The University of North Carolina Press, 1996.

eso sería ir muy lejos aquí y reseñar el debate sobre el *afrocentrismo*,⁶ y quizás me acusen también de Orientalista, de agente encubierto del capitalismo sionista con turbante.

Lo que sí conviene decir, antes de ir a leer a Ibn Jaldun, es que los estudios poscoloniales, inspirados en buena medida en la obra de Said, son una evidente construcción occidental —¿habremos de decir que una manera posmoderna y suicida de Orientalismo?—, y que en ellos se prolongan y se perfeccionan muchos de los vicios culturales que su proyecto ideológico pretende combatir. Es una lástima que Said no hablara nunca, por ejemplo, de quienes en su esquema venían de la periferia no moderna pero occidental, y que hicieron un Orientalismo a veces más profundo que el de los ingleses y los franceses; claro, eso habría hecho polvo todas sus especulaciones, sus deducciones gratuitas, sus dogmas. Pienso en Ezequiel Uricoechea, un colombiano que enseñó árabe en Bruselas, o en los rigurosos filólogos españoles y argentinos de finales del siglo XIX: los unos traduciendo El Collar de la paloma, los otros los viajes de Simbad. Quizás algún día Robert Irwin escriba un gran libro sobre ellos, y nos recuerde lo importante que es pensar más con las ideas que con la ideología.

Mientras tanto habremos de seguir con *For Lust of Knowing*, por el placer incomparable y antiquísimo de conocer. A otros, al otro. A nosotros mismos.

Bibliografía

- Bernal, Martin, *Black Athena: the Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Rutgers University Press, 1991.
- Lefkowitz, Mary, *Black Athena Revisited*, The University of North Carolina Press, 1996.
- Lefkowitz, Mary, *Not out of Africa: How "Afrocentrism" became an excuse to teach Myth as History*, Basic Books, 1997.
- Said, Edward W., *Orientalism*, Vintage, 1979.

⁶ Mary Lefkowitz, *Not out of Africa: How "Afrocentrism" became an excuse to teach Myth as History*, Basic Books, 1997.